

Reencuentro con los Estudios de Comunicación en Chile

Jesús MARTÍN-BARBERO

Con motivo de la presentación de su nuevo libro "Oficio de Cartógrafo. Travestis latinoamericanas de la comunicación en la cultura", publicado por el Fondo de Cultura Económica, Jesús Martín-Barbero ofreció una charla en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. El investigador -doctor en filosofía de la Universidad de Lovaina y post doctorado en antropología y semiótica en París- analizó el momento actual de las comunicaciones, tensionadas entre el 11 de Septiembre en Estados Unidos y el Forum Social Mundial de Porto Alegre, el que significó una irrupción de la primera figura de un mundo de ciudadanos.

Estoy muy contento de estar en la Universidad de Chile, en este edificio que da origen al Instituto de la Comunicación e Imagen. Es fundamental que la universidad pública se haga cargo de la envergadura estratégica de los procesos de información y de comunicación, en todas sus múltiples modalidades.

La realidad indica que la inmensa mayoría de las facultades de comunicación están en universidades privadas. Yo respeto mucho la libertad de cátedra y de expresión, pero es muy triste comprobar que las universidades públicas, nacionales, van muy por detrás en estos procesos. En América Latina, la Iglesia Católica empezó haciendo Escuelas de Periodismo, porque de alguna manera fue la que, con la Contrarreforma del siglo XVI, inventó la *propaganda fidei*, inicio de aquello que llamamos hoy publicidad. Fue pionera, en cierto modo, de lo que sería después la comunicación moderna y esto es un hecho que pesa muy fuerte.

Sobre todo hoy, cuando la mayoría de nuestros países padecen un retroceso brutal hacia una situación de desigualdad creciente. Desde los años 50 hasta mediados de los 80 tuvimos un cierto crecimiento, no sólo en

nuestras economías, sino también de la igualdad a través de la movilidad social y de la educación. Pero ahora, nos encontramos con un proceso a la inversa y de desvalorización de la educación pública muy evidente. No sé cómo está el tema en este momento en Chile, pero en general en América Latina la presión de las grandes instituciones del comercio mundial está tratando de convertir a la educación en una mercancía otra, que compita como las demás mercancías y se están ajustando cada vez más los presupuestos de las universidades públicas. La combinación de optimismo tecnológico con escepticismo político ha fortalecido un *realismo* de nuevo cuño que se atribuye a sí mismo el derecho a cuestionar todo tipo de estudio o investigación que no responda a unas *demandas sociales confundidas con las del mercado o al menos mediadas por éste*. Se acusa entonces al trabajo académico e investigativo de *improductivo*, de no haberse insertado en los ritmos del cambio tecnológico y económico, de haberse divorciado de los requerimientos profesionales que hace la nueva sociedad. A su vez, el lugar crítico de las ciencias sociales en América Latina muy lentamente se hace cargo del lugar estratégico que ocupan las comunicaciones, las telecomunicaciones, el campo informático, en la transformación de nuestras sociedades.

Cuando miramos el panorama de las escuelas de comunicación en América Latina —la mayoría de ellas en universidades privadas, incluso “de garaje” como suelen llamarse en Colombia a las instituciones universitarias de muy poca calidad, sesgadas al objetivo del negocio—, lo habitual es que estén cooptadas por el mercado. Una frase que me decían los chicos hace unos meses lo refleja: “*nos forman básicamente para salir a pelear nuestro nicho en el mercado laboral*”. Es muy importante el mercado laboral, pero la sociedad es más ancha que éste y es en la universidad donde uno puede apelar —si no en las privadas, al menos en las públicas— a que el objeto de estudio no se halle limitado al espacio que demarca la profesión. Pero esta visión, en América Latina, ha cundido mucho y tiene sus grandes gurús patrocinadores de que la comunicación se defina como un campo aparte de las ciencias sociales, y la profesión se reconfigure a partir —únicamente— de lo que necesita el mercado.

Por lo anterior, creo que las universidades públicas son las únicas en las que podemos “darnos el lujo” de pensar en serio las demandas de comunicación de la sociedad, y no sólo las del mercado. Claro, no podemos ser suicidas, tenemos que formar profesionales capaces de encontrar un lugar de trabajo, pero también debemos encontrar personas capaces de responder al significado social de la comunicación hoy, en nuestros países.

Efectos del 11 de Septiembre

En el último tiempo, en casi todos los textos que he escrito y en casi todas las conferencias que he dado, pongo como marco de mi reflexión los sucesos ocurridos el 11 de Septiembre y a Porto Alegre. Si no queremos caer en un pesimismo desmovilizador, en una mirada apocalíptica, como la tienen no pocos de los intelectuales latinoamericanos, y mucho más los europeos, lamentando por enésima vez la decadencia de Occidente —¡pues éste empezó a decaer con el fin Imperio Romano!— lo que necesitamos pensar son *las* tensiones entre el 11 de septiembre y Porto Alegre.

El 11 de septiembre supuso un vuelco, un desenmascaramiento brutal de lo que, cuando yo me metí en el campo de la comunicación, todavía denominábamos con el eslogan de la RCA Víctor: *la voz de su amo*. Estoy convencido que durante aquellos dos o tres días en los que se repitieron y repitieron en los canales no sólo norteamericanos, sino en montones de canales de América Latina y de Europa, las imágenes de las Torres Gemelas cayendo, se produjo un desenmascaramiento brutal de lo poco que significaba realmente la libertad de expresión en el país que creíamos era el forjador del espacio más libre para los medios.

Fuimos testigos de una machacona pregunta: *¿quién nos hizo esto?*, como diciendo *no lo merecíamos*, pero nunca apareció en la TV la pregunta de fondo, hasta que la escritora Susan Sontag, se atrevió a formularla en un diario: *¿por qué nos pasó esto?* Lo que vino después ha sido una legitimación del recorte de las libertades civiles, del establecimiento de la sospecha, de la desconfianza volviendo a levantar muros cada día más grandes. Hay una creciente dificultad para lograr visas no sólo de trabajadores, sino de turistas, es decir, todo el boom de la movilidad que produce la globalización se ha quedado en la movida de las finanzas. La movilidad de la gente hoy es mucho menor. A partir del 11 de septiembre, una de las manifestaciones más claras fue el miedo de la gente a salir de sus ciudades. Y a pesar de los millones de dólares que el presupuesto norteamericano invirtió para reflotar a varias de las compañías aéreas más grandes del mundo, algunas han quebrado y otras están por quebrar.

Lo que quiero decir es que una consecuencia primera, que nos ha modificado el mundo de los intercambios, ha sido este efecto de desconfianza hacia *el otro*, cualquier otro, que les está costando carísimo a todos los que no sean blancos, anglosajones, protestantes. Y no sólo en EE.UU., la inmensa mayoría de los latinoamericanos arrastramos, sobre todo los colombianos, el peso de una enorme suspicacia que se traduce en una gran complejidad para movilizarnos también por Europa. Lo segundo es que se

ha legitimado con el mayor descaro la capacidad de vigilar, de escanear, de seguir la pista a todo aquel que sea mínimamente sospechoso. Si la comunicación significa algo, ello es la confianza básica en el otro y hoy día vemos que la comunicación, en términos sociales, se ha tornado supremamente opaca, mucho más oscura y cargada de malentendidos, de posibilidades de convertirse en la materia prima de sospechas y persecuciones.

Un grupo de intelectuales latinoamericanos hemos suscrito un manifiesto para defender a un número importante de profesores norteamericanos que están siendo expulsados de sus instituciones por haber permitido que alumnos suyos llevaran a sus clases camisetas diciendo *No a la guerra*. O por haber insinuado un disentimiento con las razones esgrimidas para legitimar la guerra. Cada día nos llegan más denuncias a esta red, que hicimos a partir de una idea de la investigadora mexicana Rossana Reguillo. Estamos entrando en algo que nos parecía inverosímil: un proceso de *macartismo* mucho más ancho y perverso que el de los años 40 y 50.

El mundo dio una voltereta y nos estamos enfrentando a un tipo de poder que no sólo concentra medios, sino que encuentra en nuestras sociedades unas complicidades muy grandes. Me refiero a cuántos de nosotros estamos dispuestos a sustituir derechos ciudadanos por seguridad, y ello no sólo en EE.UU. sino también en América Latina. De alguna manera parece un poco *fukuyamesco*, un cierto fin de la historia. Es decir, si nos dejamos chantajear por el poder diciendo: "bueno, hubo un tiempo en que lo más importante era la libertad y la emancipación, pero ahora es mucho más importante la vida porque ella es lo que está en peligro", podemos acabar en la teoría del terrorismo y la guerra preventiva con una complicidad generalizada. En Europa hubo una enorme resistencia a la guerra de Irak, pero en América Latina no fueron tan explícitas las manifestaciones contra la misma. La resistencia significativa fue, por ejemplo en Suiza, donde miles de adolescentes de colegios faltaron a las clases e hicieron manifestaciones contra la guerra porque los adultos en Suiza no se atrevían a salir a la calle. Salieron colegiales, se pusieron de acuerdo un día y aunque los maestros los amenazaron, ellos lo hicieron; y por la tarde hasta los maestros se sumaron, pero fue por la vergüenza que les dio ver a miles de muchachos y muchachas manifestándose en la calle.

126 | No resulta extraña la tentación esteticista, la mala conciencia travistiéndose de cosas que parecen políticas, pero que no lo son, como cierto auge de la ética. Aunque ésta resulte ser un disfraz de la impotencia política. Es muy importante que la ética ponga límites a la política, pues la última creyó poder totalizar la vida. En un sentido antitotalitario, hay que afirmar la especificidad de lo ético y también de lo estético, pero no pode-

mos deslizarnos impunemente hacia la tentación de evasión, como si no hubiera nada de donde agarrarse para seguir pensando y empujando los cambios que nuestras sociedades necesitan.

Porto Alegre, la Primera Figura de un Mundo de Ciudadanos

Frente a ese envenenamiento de la comunicación por la sospecha y la desconfianza, Porto Alegre aparece como un hecho sintomático de que el mercado no agota la sociedad. Porto Alegre llegó a opacar a su oponente Davos, que es el encuentro de los grandes empresarios del mundo y de los grandes organismos comerciales. Porto Alegre es el punto de llegada de lo que se inició en Seattle, del llamado "pueblo de Seattle" que, como sucedió con el pueblo judío, su modo de vivir era moviéndose a lo largo y ancho del mundo. Veo en las reuniones de Porto Alegre la *primera figura de un mundo de ciudadanos*, no el mundo de los partidos sino el de miles de movimientos sociales: desde los ecologistas y feministas, de los indígenas y negros hasta los homosexuales, cada uno simbolizando muchas luchas específicas regionales, locales. Allí está toda la riqueza de los combates ciudadanos del mundo. Y lo que considero más interesante es que en el último encuentro la comunicación, la cultura y la educación dejaron de ser adornos y empezaron a ser temas estratégicos, transversales. Comienza a haber conciencia de que la cultura, en términos antropológicos —y no sólo en términos sociológicos de prácticas y productos especiales—, el espacio de *la cultura*, está siendo percibido como un lugar de *exclusión* y una posibilidad de *empoderamiento*.

A través de la comunicación y la cultura pasa la posibilidad de no perdernos en lo fragmentario, sino de pensar a la sociedad en sus articulaciones y, sobre todo, en sus articulaciones conflictivas: aquello por y en lo que cada vez más gente se siente humillada, despreciada, desvalorizada, que son sus peculiaridades e identidades socioculturales. Y es que las diferencias en nuestra sociedad no van nunca separadas de la desigualdad, es imposible pensar las diferencias sin su conexión, su mediación, con la desigualdad social y las diversas formas de marginación. Por eso tiene un duro peso sobre la exclusión, sea la de los indígenas o la de los gays, y la cultura aparece hoy como un espacio estratégico de reivindicación, de lucha, de búsqueda, de construcción de nuevo tejido social y, por tanto, de recreación de la sociedad en su conjunto.

No dejo de lado que en el último Porto Alegre hubo también partidos políticos. El PT¹ tiene la alcaldía de la ciudad e invitó a partidos de otros países. Pero lo que quiero resaltar es la fuerte tensión que hay entre movimientos y partidos. En particular por una concepción de partidos muy europea y sobre todo muy francesa, que sigue pensando que el único espacio

de la política es la nación, la República, el Estado-nación. Claro que éste seguirá siendo un territorio fundamental, no va a desaparecer de ninguna manera, pero necesitamos que en la política empiece a pasar lo que ya comienza a ocurrir en la justicia: ya hay un Tribunal Penal Internacional para aquellos crímenes de lesa humanidad. Y debemos felicitarnos en América Latina porque el primer juez de ese tribunal es un argentino, que se dio a conocer en el mundo por haber sido el que enjuició a Videla y su comparsa. Pero necesitamos, algo parecido *en la política*, capaz de regular lo que en el plano mundial pasa con la economía.

Porto Alegre también nos obliga a no dejar de lado el tema de la concentración de la propiedad de los medios. Cuando recordamos los primeros textos de Mattelart, hablando de estos problemas, y vemos lo que pasa en la actualidad, lo de entonces parece juegos de niños. Basta pensar en una empresa gigantesca de *vehículos* como *American On Line*, que se funde con uno de los más grandes conglomerados de *contenidos*, *Times*, el periódico y la revista, hasta Warner, la productora de cine, y después una complementación que parece no terminar. Antes, cuando teníamos por un lado los vehículos y por otro lado, los contenidos, podía haber brechas, pero ahora que contenidos y vehículos se juntan en una misma lógica, en una sola empresa, las posibilidades de acción son mucho menores aún, como lo que significa Murdoch, el australiano, hoy en el mundo de los medios. Hace unos meses hablaba con unos amigos italianos y al señalarles las atrocidades de Berlusconi, me respondieron: —espérate, que ya estamos entrando en una mucho peor, y es que Murdoch está comprando los canales de Berlusconi—. La famosa ley de que todo es capaz de empeorar, se aplica ahora en términos de la concentración de medios y por lo tanto, se restringen las ofertas alternativas, distintas, sin las cuales no hay sitio para una verdadera libertad de información.

En este sentido, lo importante es pensar y actuar a partir de la tensión entre el 11 de Septiembre y la guerra de Irak, con Porto Alegre. Pues Porto Alegre es posible porque van 80 mil personas, pero hay millones conectadas y que están contándose la experiencia, convirtiendo al ciberespacio en *el embrión de nuevas formas de estar juntos en el mundo*. Es probable que ello sea un símbolo. Hay una nueva ciudadanía que rebasa las fronteras nacionales, hay una nueva ciudadanía que está todavía en embrión, pero constituyendo un espacio público nuevo, que articula pequeñas luchas locales con otras mundiales, y por ahí va la política en serio, en la posibilidad de articular lo local (donde se siente la exclusión) con proyectos de transformación a escala mundial.

Les cuento una pequeñísima anécdota ocurrida en Colombia. Hubo un asesinato en un pueblito del Valle del Cauca, del Departamento donde es capital Cali, en la cual he pasado una gran parte de mi vida, 21 años.

Fueron asesinados 140 campesinos por narcotraficantes que contaron con la complicidad de paramilitares, de la policía y del ejército. De golpe, un policía no pudo con su conciencia y contó lo ocurrido. Cogieron al policía, lo internaron en un manicomio y, como se hacía antaño en la Unión Soviética, lo volvieron loco, para invalidar su testimonio en el juicio por los crímenes. Una ONG local logró sacarlo del manicomio y devolverle la razón. Alertada, Amnistía Internacional se hizo cargo de la confesión de este policía. Al Presidente de la República de Colombia le tocó expulsar del ejército, por primera vez en su historia, a un general que estaba implicado en la matanza. El testimonio recogido en el plano local y la presión internacional de Amnistía sobre el Presidente, obligó a sacar a un general, algo que hasta entonces no había pasado nunca. Esa articulación local/mundial es la que me parece realmente estratégica.

Los Pro y Contra de Institucionalizar la Investigación

Por último, quisiera referirme al tema de la institucionalidad lograda por la investigación en Latinoamérica, pues es una cuestión muy importante. Hace ya unos cuatro años escribí un texto muy polémico sobre lo que ganábamos institucionalizando la investigación, pero también sobre lo que perdíamos. Allí planteaba que mucho de lo mejor de la investigación en comunicación, lo más articulado a luchas sociales, a búsquedas de emancipación, se había hecho en gran medida, si no en contra, al menos en los márgenes de la academia. Recuerdo el modo de reírse de algunas personas cuando con mi doctorado en filosofía, me propuse —a mediados de los años 80— investigar la telenovela. Era algo que chocaba fuertemente, y por muchos lados, con las lógicas de la academia. Pero en el presente, la investigación necesita institucionalización para no empezar cada vez de cero, necesitamos que haya un mínimo de *acumulación* en el mejor sentido de la palabra para poder hacer investigaciones de largo alcance, concatenar experiencias capaces de producir un pensamiento propio ligado al país y las dinámicas y contradicciones peculiares de lo latinoamericano. Requerimos legitimación y financiación, que sólo puede tenerse con instituciones. Pero, lo que no podemos olvidar es que incluso en las universidades públicas, la academia tiene tentaciones narcisistas muy grandes, tentaciones de imitar, “sin querer queriendo” (como diría el Chapulín), al mercado, y entonces empezamos a fabricar marcas. Porque las agendas se convierten en *marcas* de prestigio con las cuales conseguir financiación. Es lo que pasa en este momento en los EE.UU. con los “postcoloniales”, los “subalternistas” o los “testimoniales”, que acaban convirtiéndose en *logos* prestigiosos.

El problema es entonces que la institucionalidad acabe constriñendo, quitándole la dinámica, la libertad y la movilidad, a la investigación. Pero, repito, hoy día reconozco que necesitamos instituciones de investigación para que la *comunicación* adquiera una figura fuerte en nuestras universidades y, sobre todo, en las públicas.

Termino recordándoles que la investigación en Comunicación está muy necesitada del retorno de Chile al escenario latinoamericano. La investigación que se hacía en Chile en los años 70 y hasta mediados de los 80 —en Céneca, en ILET, en Flacso— fue importantísima, fundamental para la creación de un campo y un pensamiento comunicacional latinoamericano. Y con la vuelta a la democracia uno entiende que la gente se replegara durante un tiempo sobre su propio país; había una libertad y unas posibilidades de hacer política que lo exigían. Pero pasado ese tiempo América Latina necesita —urgentemente— que Chile vuelva al debate continental con pensamiento de punta. Y eso se va a lograr con la institucionalización de la investigación en la universidad pública, sirviendo de articuladora entre lo que se hace en el país y lo realizado en el resto de América Latina.